



 Todo esto
lo hago porque tengo
mucho miedo Empar
Moliner

Índice

Portada
Dedicatoria
Cita
Bullying
Suelo mojado
Cómo usar un desfibrilador
Él nunca se reía
Todo esto lo hago porque tengo mucho miedo
A nuestra edad
El hombre de los espárragos
Dos años en la vida de Flora Camí
La división de las familias
Un blog de gastronomía
El tema del artículo
Siempre lo habían dicho
Agradecimientos
Créditos

Todo esto lo hago porque tengo mucho miedo (SpanishEmpar
Edition) Moliner

Para Àlex y Ginebra

A diamond crucifix in his ear
is used to help ward off the fear
that he has left his soul in someone's rented car.

LOU REED,
Romeo had Juliette

Bullying

—La madre de Lara Torner. Que me ha dicho que le están haciendo bullying al niño. Que ya hace tiempo que dura — le dijo su mujer.

El profesor Torralba hizo un gesto con el cuerpo que indicaba acción. Como si quisiera prepararse para un combate cuerpo a cuerpo que sin duda ganaría. Echó los hombros hacia atrás, como en un espasmo, y la cara y los brazos le temblaron un instante. No cometió la vulgaridad de repetir: «¿Bullying?». Supo enseguida que era cierto. Había contestado el teléfono con un «dime» seguro, con la eme vibrante y alargada como el tono de un diapasón. «Diimm-me.» Un «dime» que daba por supuesto que si la señora Torralba le llamaba a media reunión es que era importante, porque ella no lo habría llamado jamás por una tontería. Pero no se imaginó algo así. Se imaginó que la cámara de seguridad de la casa se había desprogramado. O que lo desconvocaban de la radio, o lo convocaban para más temprano. O que un socio quería verle. Alguna de las plácidas y estresantes obligaciones de la vida siempre empresarial del profesor Torralba.

El hijo del profesor Torralba, físicamente, había salido a él. De forma de ser era más bien como la madre o, sobre todo, como la abuela materna. La madre (la madre del niño) era una mujer delgada y rubia, una de esas mujeres delgadas y rubias que quedan bien vestidas de blanco (un blanco nuevo que todo el mundo comprende que persiste gracias a una empleada de hogar que, si hace falta, lava a mano). Era alta y, por lo tanto, considerada elegante. No estaba obligada a llevar vestidos ceñidos ni escotes como las bajas. Iba a buscar al niño con zapato plano. Y lo decía así: «zapato plano», no «zapatos planos», porque decir «zapato plano» era más técnico, más de alguien acostumbrado

a elegir ropa para las ocasiones. Para las cenas con los clientes de las empresas participadas por su marido se ponía monos de punto escotados por la espalda. Se maquillaba poco. Siempre parecía que había dormido muchas horas y que los días anteriores había mordisqueado brécol crudo con esa dentadura limpia y fuerte que era sometida a una higiene anual gratuita gracias al seguro médico privado.

El profesor Torralba era un hombre que si en lugar de ser un economista que de vez en cuando iba a las tertulias de la radio hubiese sido un camionero, ninguna mujer lo habría mirado jamás. Tenía un pelo espeso de Madelman, unos ojos demasiado expresivos y violentos, con unas cejas que parecían algas, y cierta tendencia a engordar. Le gustaba comer, y le gustaba comer cosas que engordan, como embutidos y croquetas. El niño era fofo, como él, pero eso ahora, hoy en día, ya no era motivo de bullying, como cuando él era pequeño y no se le llamaba bullying, porque era algo normal que a algún niño le tuviesen ojeriza. De esto había hablado en alguna tertulia (a él le contrataban para hablar de economía, pero como tenía tanta gracia, siempre le preguntaban por el tema del día). Lo dijo y hubo quejas: montones de emails y tuits en su contra. Que antes se hiciera no quería decir que se tuviese que admitir ahora, porque antes también quemaban a las mujeres en la hoguera, le dijeron. Y él se burló con los otros tertulianos (fuera de antena). Ahora le parecía recordar que había dicho la palabra «flojera», y también la palabra «mariconcetes».

—Pide una reunión con el tutor para ya. Ve a buscar al niño.

—¿Ahora? ¿Me lo traigo a casa? ¿No sería mejor ir a buscarlo a la hora de siempre, para que no se sienta extraño?

—¿Y que mientras tanto lo encierren en el lavabo? —preguntó él—. Ve a buscarlo inmediatamente. In-me-dia-ta-men-te —lo recalcó de esta manera.

La mujer dijo que sí. Siempre decía que sí. Llamó al tutor, pidió una reunión urgente y le dijo que se llevaba al niño. Le dieron hora para el día siguiente.

Cuando el profesor Torralba llegó a casa (por fortuna había podido desconvocar una comida con los socios del restaurante japonés donde tenía acciones), su mujer, con los ojos enrojecidos, y el niño ya lo esperaban en el sofá. Dejó las llaves en el plato de cerámica del recibidor, acarició al perro, que se volvía loco cada vez que llegaba, se aflojó la corbata, desactivó el sonido del móvil. Se dio cuenta de que iba con la actitud de quien tiene que regañar al hijo, no con la actitud de quien lo tiene que consolar.

—Bueno. Antes que nada quiero saber qué pasa. Cuándo empezó, qué te hacen, quién es. Quiero los nombres de todos.

El niño le miró con ojos de panda e hizo una mueca.

—Y no me digas que no pasa nada, porque mamá ya ha hablado con el tutor y se lo ha confirmado.

La mujer le pasó al niño la mano por la mejilla, pero él se apartó.

Se quedaron en silencio. El niño no decía nada y sólo sacudía los hombros. Le hacía fiestas al perro. Le rascaba por debajo de los collares: el normal, marrón, y el antipulgas, blanco.

—Pablo, lo que necesitamos es que nos lo cuentes —exigió. Y el niño entonces rompió a llorar en silencio.

El corazón del profesor Torralba se ablandó por aquella ausencia absoluta de sonido.

—Pablo, no te estamos regañando y la única cosa que queremos es que nos digas quién es, o quiénes son, porque a los culpables habrá que castigarlos.

—Mamá ya te ha dicho que no es culpa tuya —añadió la mujer.

El profesor Torralba se levantó. Pareció como que buscara el *powerpoint* para explicarse.

—Si tenemos que cambiarte de cole, te cambiaremos —dijo—. Mañana mismo. Pero quiero que me digas quién es, porque esto es un delito. Las personas que hacen esto van a la cárcel.

Su mujer le miró. No había pensado en la posibilidad de cambiar de colegio. Era un buen colegio. Privado. Caro. Un colegio al que iban los hijos de las principales familias de Barcelona. Hijos de caras conocidas de la televisión y de la radio, de modelos, de empresarios. La nieta del presidente de La Caixa. A ella le gustaba coincidir a la puerta de la escuela con aquellas modelos (y pensar que en el fondo no eran tan diferentes, porque ella habría podido ser modelo) y con aquellas segundas esposas de las estrellas de la radio (y pensar que en el fondo no eran tan diferentes, porque ella todavía tenía cuerpo para ser una segunda esposa). Era una escuela pensada para hijos de profesionales especiales. Al profesor Torralba le había parecido muy bien, el día que se lo contaron en la reunión, que los niños pudieran entrar más tarde de las nueve si un día hacía falta. «Si tenéis un viaje y el niño os va a despedir al aeropuerto», explicó el director, «o si un día —os pongo el ejemplo concreto del hijo de una violonchelista que tenemos, Yoshimi Akamatsu— el niño va al concierto de la madre y se acuesta tarde, no tiene por qué madrugar al día siguiente. Esto también son experiencias. Que venga más tarde y haremos un trabajo adaptado a él».

Al profesor Torralba le hizo gracia el sistema, y en cuanto pudo lo usó. Él no tenía conciertos por la noche; tenía algún viaje a Madrid, pero que el niño lo fuese a despedir no era práctico. Así que pensó llevárselo a ver como daba una clase en la escuela de negocios y aquel día le anunció que entraría más tarde. El profesor Torralba se mostró pletórico, pero el niño se aburrió mucho. Era tímido, no tenía la gracia expansiva del padre. Todos los otros profesos-

res, también graciosos, también expansivos, algunos de ellos autores de libros de economía recreativa o de manuales para reinventarte si te habías quedado en el paro, le decían cosas, y él, avergonzado, se quedaba quieto con ese ademán que tanto exasperaba al padre. «Hola, ¿en qué curso estás?», le preguntaban todos invariablemente. «Tercero», susurraba él. «Mirando a la cara, Pablo, mirando a la cara, en el horizonte no se nos ha perdido nada», lo corregía el profesor Torralba con la sonrisa de estar en público.

—¿Cambiar a medio curso podrá ser? —preguntó su mujer.

—Lo que haga falta. Porque estamos de acuerdo en que preferimos que pierda el curso a que le hagan de todo, ¿no?

La madre abrazó al niño. Él la rechazó con un gesto brusco.

—Eso sí que no, ¿eh? —gritó el profesor Torralba—. A mamá se la trata con respeto.

—Déjalo, Jordi —dijo ella. Pensaba que quizá sólo estaba repitiendo los comportamientos violentos que tenían con él. Pero ¿qué comportamientos? Tal vez sólo le robaban el bocadillo. ¿Algo sexual? El niño, a veces, parecía amanerado. Ella lo notaba, pero no le había dicho nada a su marido, porque creía que cambiaría, que todavía era pronto para despertar a la sexualidad. Su marido no era un machista, ni un homófobo. Hacía bromas, eso sí, pero ¿quién no hacía bromas? Para dar a entender que alguien era gay, decía malicioso: «¿Este también es trilirili?». Tendría un disgusto si el niño fuese gay (o como se le tuviera que llamar) pero tampoco lo echaría de casa.

—Qué te hacen—preguntó el padre. En tono afirmativo. Sin interrogante. Qué te hacen. Como si estuviera diciendo «ven aquí». Como una orden.

Él no contestó.

—La madre de Lara Torner dice que te encierran en el váter. ¿Es verdad?

El niño miró a su padre. No habría podido decir nada.

—No eres culpable —le dijo la madre. Había estado mirando páginas web sobre bullying. Había leído lo que hay que hacer. Lo que había que decirles a las víctimas. Lo que no había que decirles. Una de las cosas que había que decirles era que no son culpables.

El padre le dio unos golpecitos en el hombro, como si quisiera llamar su atención.

—Después me apuntas en una hoja los nombres de todos los que te han hecho daño. ¿Alguien se burlaba de ti?

El niño afirmó con la cabeza.

—¿Niños? ¿O niñas también?

Repitió el gesto.

—¿Lara no?

De nuevo asintió.

—¿Alguien te hacía daño? ¿Te tocaba?

El niño volvió a asentir.

—Nombres. Todos los que te pegaban o te bajaban los pantalones. Porque te bajaron los pantalones.

Esta vez negó con la cabeza.

El padre lo miró. Por un momento pareció decepcionado.

—¿Te tocaron la pilila?

El profesor Torralba era incapaz de decir «pene». Él nunca diría «pene».

El niño se encogió de hombros.

—Cómo te llaman en clase. Qué nombre te han puesto. —Él también, mientras iba hacia casa, había mirado en el ipad las páginas que hablaban de aquello.

El niño bajó la cabeza, como si de repente su nuca fuese algo pesado y feo. Como si el hecho de que alguien le mirara la nuca le doliera, como si esa nuca (esa nuca que el barbero de su padre y de su abuelo le recortaba una vez al mes) fuese una de sus partes pudendas.

—Hoy iremos a comer una hamburguesa tú y yo —anunció de repente el padre—. Hoy te saltas la dieta.

—Jordi, que haya pasado esto no quiere decir que... —empezó la madre—. Y de todas maneras no tenéis por qué ir solos. Yo también formo parte de la familia.

Su marido la miró. Con los ojos le decía: «¿Tú también quieres comer una hamburguesa?». Con el desprecio del que no se siente capaz de renunciar a comer y vive junto a alguien que sí es capaz, que cuenta las rebanadas de pan, que aparta las salsas, que se tapa la boca con la servilleta y dice: «Huy qué harta estoy, no puedo más». El profesor Torralba la odiaba cuando la veía hacerlo. (La odiaba una vez los días laborables y tres veces los festivos.)

Al día siguiente por la tarde, el profesor Torralba llegó a casa con una hoja de inscripción. Había removido cielo y tierra (lo dijo así) y había tirado de contactos (también lo dijo así) para conseguir cambiar el niño de escuela a mitad de curso. No sería una escuela tan «buena». Era una escuela concertada de curas. Pero no es que fuesen muy religiosos. De hecho, el director con el que había tenido la reunión (y le había causado una impresión más que favorable) estaba casado y tenía hijos. No te imponían nada. Pero en cambio tenían la disciplina y la humanidad necesarias para que el niño estuviera bien. Le ayudarían con el temario. Le ayudarían a ponerse al día.

—¿Está muy lejos de casa? —preguntó el niño.

—Eso da igual, Pablo —le reprendió la madre, suave y severa.

—Buscaremos un psicólogo que te ayude —murmuró el padre.

El niño no hizo ningún gesto.

—El lunes empiezas. Tendremos los libros mañana por la tarde. Hoy tienes libre y mañana también. Aprovecha, porque el lunes ya empiezas con todo.

—¿No veré nunca más a los de mi clase?

El padre no contestó. Se levantó y fue hasta la cristalería que daba al jardín. El perro automáticamente lo siguió. Lo seguía a todas partes, fuese a donde fuese. La madre dijo:

—Venga, vamos a la cama. Mañana será otro día.

Y como él no se movía —cuando le daban una orden, al principio, no se movía nunca—, lo empujó con suavidad, como a un robot que hay que colocar en la dirección correcta. Era un poco exasperante tener que empujarle siempre.

—¿Me pones tú el pijama?

—No. Tienes que empezar a hacerlo tú solo, Pablo, los papás no te podemos estar ayudando siempre en todo.

Pero lo acompañó y le buscó la ropa en el armario. El profesor Torralba, así que lo vio desaparecer, sintió una bocanada de ternura que antes no había sentido. Fue hacia la habitación. El niño ni siquiera había empezado a desnudarse.

—Ahora estarás en una nueva escuela —le dijo—. Todo el mundo estará muy pendiente de ti para que estés bien. No pasará como en la de ahora. Lo hacemos todo para que estés bien, para que no te vuelva a pasar nunca más lo que te ha pasado —susurró—. Pero... —y aquí se paró— tú también tienes que hacer una cosa. Nos tienes que ayudar. ¿Nos quieres ayudar? Di.

—Sí —maulló el niño.

—En esta nueva escuela tienes que intentar ser un poquito abierto y simpático, un poco como todos. Lo que te pido es que ahora, en esta clase nueva, tú también pongas un poquitín de tu parte. Para que esto no vuelva a pasar, tú también tienes que comportarte como todos los niños, ni más ni menos. Porque lo que no podemos hacer es ir cambiándote de escuela cada dos meses. ¿Lo has entendido, Pablo?

Suelo mojado

En realidad el perro era de Paco, pero cuando Maite se fue de casa establecieron un régimen de visitas, como si se tratara de un hijo. Él tendría la custodia y dos veces por semana lo mandaría a dormir a casa de Maite. Fue ella quien le dijo que basta, que ya, que habían terminado y que se volvía a Rubí a vivir con su madre. Porque resultó que él había colgado una foto en el muro de Facebook abrazado a la recepcionista del gimnasio donde los dos trabajaban de monitores, y Maite, cuando la vio, le dijo que se había acabado. Ya le había dado muchas oportunidades. Ya le había perdonado miles de veces. Le quería, pero no podía seguir con él y con su inmadurez. Pasaría a buscar a Trueno el martes y, hasta el martes, no tenía ganas de saber nada de él. Paco aporreó la pared y lloró como un becerro mientras ella empaquetaba sus cosas, pero esta vez no le sirvió de nada.

Así que, por la tarde, con el puño vendado, fue a buscar a Carol, la recepcionista del gimnasio, y le dijo que lo había pensado muy bien: que no quería a Maite, que no se sentía bien engañándola y que acababa de dejarla. A quien quería era a ella y sólo a ella, porque ella era una mujer muy diferente a todas las que había conocido. El último punto era cierto. Maite era una profesora de zumba con frases curativas tatuadas en la zona del ombligo, que había tenido que denunciar a su padrastro por tocamientos y que había cambiado de piso y de pareja más de dos veces al año en la última década. Carol, en cambio, era una chica rellenita, blanda y ahorradora (todo el mundo la definía como «una hormiguita»), amante de la decoración de interiores y las recetas de dificultad media, con unos ojos verde de virgen rural, que se teñía de rubio ceniza cada veinte